

MEDIOS, DEMOCRACIA Y FINES

MEXICO, 1990

Primera Edición: Noviembre de 1990

Diseño de portada: Helmuth
Diana Otero

Primera edición 1990
D. R. 1990. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 04510, D. F.

Impreso y hecho en México
ISBN

968-36-1696-8

TEMA III
LOS MEDIOS Y LA CULTURA POLITICA

¿CULTURA POLITICA?: DE LOS MEDIOS A LAS MEDIATIZACIONES

*RAUL TREJO DELARBRE **

Vayan por delante los lugares comunes para exorcizarlos o, al menos, como coartada de lo que seguirá después: no hay cultura política contemporánea sin influencia (a veces definitoria) de los medios de comunicación de masas -los medios tamizan, reflejan, reproducen o definen, según sea el caso, las maneras cómo los ciudadanos, en una sociedad como ésta, perciben, comparten, rechazan o toleran el ejercicio político y frecuentes sustitutos de otros escenarios- no hay política moderna sin comunicación social, simplemente porque una de las tónicas de la modernidad es la comunicación de masas...

Aparentemente, la relación entre cultura política y medios de comunicación de masas resulta sencilla, casi natural diríase. No lo es tanto, a juzgar por las dificultades de los organismos partidarios para tener acceso a los medios (sobre todo acceso eficaz) y también, por las muchas distorsiones que el ejercicio de la política encuentra en los medios masivos. No hay programa de televisión más aburrido, casi por definición, que aquél en donde se discute de política. A veces pareciera que sólo para constatar la todavía existente impopularidad de la política televisada, algunos programadores colocan series de polémica a la misma hora que **Siempre en Domingo**. Por política en los medios, se entiende la discusión o, al menos, la exposición de

* El autor, es investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y colaborador de **El Nacional y Punto**, entre otras publicaciones.

asuntos considerados como serios, para cuya confrontación los expertos salen de las lejanías de los gabinetes ministeriales o de las pesadumbres que se acumulan en los cubículos académicos... El debate o el comentario político en los medios electrónicos llega a ser una forma de ostentación de convicciones y definiciones ideológicas, propias y de los interlocutores, con todo el encanto que tiene el exhibicionismo pero también con las pobreza de quienes dirigen a un auditorio desconocido o reducido. Los afanes publicitarios del más enconado polemista, desmerecen ante los arrebatos sicalípticos de Laura León.

Claro que es injusto ubicar así las incursiones de la política en los medios electrónicos. De hecho, la participación política en ellos resulta mucho más amplia y no se reduce a lo explícitamente económico, partidario, sociológico o antropológico. Todo es política, podría decirse, desde la falta de discurso específicamente político en casi todos los noticieros de la radio y la TV, hasta la a veces sutil pero siempre contundente acción politizadora (o encubridoramente impolítica) de la comedia sustentada en personajes imposibles, o la telenovela que recrea una realidad en donde el hecho de que pase todo es una forma de que no suceda nada (una realidad suspendida en el tiempo que duran los capítulos). La política compite con histórica desventaja ante modelos de programación tan eficaces como trillados y, claro, aparentemente despolitizados.

Cultura política y política ciudadana

Por cultura política hay tantas definiciones como, casi, estados de ánimo al momento de acuñarlas. El término se emplea como recurso para explicar auges participativos o incluso, chanchullos en las urnas; se dice que hay una nueva cultura política en México, de la misma forma que por el caudal de suspicacias que rodea a la competencia electoral ha existido -y se mantiene, en todas las formaciones partidarias- una cultura política del fraude. Los, para estos casos, imprescindibles Almond y Verba, en su estudio pionero y hasta ahora único sobre estos asuntos, apuntaban en 1963 que "la cultura política de una nación es la peculiar distribución de patrones de comportamiento respecto de asuntos políticos, entre los miembros de dicha nación"¹. Casi dos décadas más tarde, Craig y Cornelius, al presentar un estudio sobre cultura política en México, ampliaban aquél marco y la entendían como "el

1 Gabriel A. Almond y Sidney Verba, *The civic culture. Political attitudes and democracy in five nations*. Princeton University Press, 1963, pp. 14-15.

conjunto de conocimientos, percepciones, evaluaciones, actitudes y predisposiciones de comportamiento a través de los cuales los miembros individuales del grupo y/o los subgrupos, entienden e interpretan a las instituciones y a los procesos políticos, así como sus propias relaciones con esas ins-tituciones y esos procesos"².

No queremos involucrarnos aquí en una discusión que desde el comienzo estaba destinada a ser inacabable, porque el concepto cultura política implica, siempre, algo de subjetividad tanto al definirlo como en el campo de asuntos que abarca. En todo caso, el hecho de que ahora se hable tanto de él -aún sin entenderlo y no precisarlo bien a bien- indica que algo nuevo hay en el debate y en las percepciones políticas de los mexicanos. Si no existieran cambios, para nada estaría de moda hablar de cultura política. En un ensayo reciente, después de poner a discusión ese término, Aurora Loyo concluía que, "efectivamente, el concepto 'cultura política' significa renovaciones importantes en el tipo de problemas y en la forma de pensarlos. Hace las preguntas y las respuestas más complejas y esto es en sí un avance"³.

Y de todos modos, siempre cabe la posibilidad de resolver ese dilema, a la manera de Lechner: "no contamos con una concepción reconocida de cultura política ni mucho menos existe un acuerdo acerca de lo que debiéramos entender por una cultura política democrática... Es cierto que carecemos de un concepto de cultura política, pero el fenómeno existe"⁴.

Puesto que existente, la cultura política debiera ser documentable y medible. Pero está integrada por tan complejas influencias y, posiblemente, sometida a tantas variaciones, que aparte de las dificultades conceptuales existen otras, mayores, para saber qué piensa la gente de quienes gobiernan, de las instituciones y de su propia ubicación ante unos y otras.

La cultura política de los individuos se vuelve cultura ciudadana cuando accede a un estadio (siempre difícil de determinar) de conocimiento y participación respecto del sistema de gobierno. Si la cultura política puede llegar a ser ciudadana, entonces la cultura política de una sociedad la conforma un amplio acervo de conocimientos, orientaciones y normas:

2 Ann L. Craig y Wayne A. Cornelius, "Political culture in Mexico: continuities and revisionists interpretations", en Gabriel A. Almond y Sidney Verba, eds., *The civic culture revisited*, Little brown, Boston, 1980, p. 340.

3 Aurora Loyo, "Cultura política, ¿un concepto renovador para pensar la política en México?", en *Revista A*, UAM Azcapotzalco, No. 23-24, enero agosto de 1988, p.29.

4 Norbert Lechner, "Presentación" a *Cultura política y democratización*, FLACSO-CLACSO, Santiago de Chile, 1987, pp. 9-10.

"*Conocimientos*, o mejor dicho su distribución entre los individuos que la componen, relativos a las instituciones, a la práctica política, a las fuerzas políticas que operan en un determinado contexto; las *orientaciones* más o menos difundidas, por ejemplo la indiferencia, el cinismo, la rigidez, el dogmatismo o, por el contrario, el sentido de confianza, la adhesión, la tolerancia hacia las fuerzas políticas distintas de la propia, etc.; y finalmente las *normas*, como por ejemplo el derecho y el deber de los ciudadanos de participar en la vida política, la obligación de aceptar las decisiones de la mayoría, la inclusión o exclusión del recurso a formas violentas de acción"⁵.

Ese conjunto de aprendizajes, actitudes y reglas, indudablemente cambia de acuerdo con las posibilidades de acceso a informaciones políticas o, simplemente, de carácter general. Una sociedad tendería a ser más participativa, en tanto tuviera mayor acceso a los mensajes de los dirigentes políticos. Pero no ocurre necesariamente así y con frecuencia, el exceso de informaciones aparentemente políticas se traduce en una dispersión informativa que acaba por anular, o paralizar, la acción participativa de los ciudadanos. También, los medios masivos pueden tener el efecto de reorientar o distorsionar, según se vea, la opinión política de los ciudadanos. En fechas recientes por ejemplo, más allá de las evaluaciones que sobre ese problema pueden hacerse, una gran cantidad de mexicanos ha pensado que el narcotráfico se encuentra entre los grandes problemas nacionales. No disponemos de datos recientes sobre la opinión social, pero poco antes de las elecciones de julio de 1988 una encuesta conducida por Mario Ramírez Rancaño para el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, mostraba que el 53.5% de los entrevistados -en la ciudad de México- estimaban que el narcotráfico desprestigiaba a todos los mexicanos por igual (el 22% opinaba que desprestigia tanto al gobierno como al ejército y el 12.5% que deteriora la imagen del gobierno de México)⁶. Con toda seguridad, la opinión hubiera sido distinta si en los principales medios de comunicación, durante los dos años anteriores, no se hubiera hecho tanto énfasis en la persecución gubernamental contra los narcotraficantes.

Los medios de comunicación no crean nuevas actitudes, pero sí contribuyen a matizar, a exagerar o a confirmar las que ya existen. Una sociedad predispuesta a la desconfianza, encontrará verificadas sus certidumbres en medios de comunicación que documenten o que cuestionen la animosidad,

5 Giacomo Sani. "Cultura política", en N. Bobbio y N. Mateucci, directores, **Diccionario de Política**, Tomo I. Siglo XXI, México, 1981, p.470.

6 Mario Ramírez Rancaño. "Crisis y desempleo, rivales del PRI en 88", en "Política" (suplemento de **El Nacional**) No. 9, 6 de julio de 1989.

por ejemplo, contra las instituciones públicas. De allí el gran éxito que han tenido algunos espacios radiofónicos, sobre todo en el horario matutino en la ciudad de México. El programa **Monitor** de Radio Red, para señalar uno de los más conocidos, aparte de cumplir con objetivos de información y servicio se ha convertido en una suerte de espejo en donde muchos radioescuchas se identifican, porque allí se relatan penurias en la ejecución de trámites burocráticos o extorsiones por parte de funcionarios o policías, similares a las que todos ellos han sufrido. Se trata de un programa de denuncia y, en ese sentido, útil para documentar muchas pobreza de nuestra vida política, pero de alguna manera también autoritario pues a los escuchas no les dejan más recurso, ni consuelo, que la reproducción de reproches antiestatistas (y, por lo tanto, privatistas) que no son necesariamente sus únicas opciones pero que cumplen propósitos de catarsis más que de reflexión, organización o movilización de la sociedad.

En la medida en que tiene más acceso a informaciones de diversa índole, una sociedad resulta más vulnerable a nuevas influencias pero su concepción del mundo gana en amplitud. Así también, gracias a la información de los medios masivos una sociedad puede transitar de uno a otro de los tipos de cultura política que se han identificado a partir de las tipologías de Almond y Verba. Esos autores señalaban que hay una cultura política "parroquial" -en sociedades muy elementales y con relaciones primarias, en donde casi todos son iguales y donde el ejercicio de la política se mezcla con el poder económico o religioso-; una cultura política "subordinada" -en aquellas sociedades donde la idea de política se refiere a los actos del gobierno o del poder- y una cultura política "participativa" en donde los ciudadanos tienen o buscan presencia, activamente, en la designación de autoridades y la discusión de los asuntos públicos. En 1963, esos autores ubicaban a México entre los países con una cultura política "subordinada". No podía ser de otra manera cuando tanto por los niveles de escolaridad e información, como en la casi inexistencia de un juego político competitivo, se manifestaban los rasgos de una sociedad poco activa en la definición de sus propios rumbos.

Muchas experiencias, ilusiones y reclamos democráticos recientes, indicarían que veinticinco años después de aparecido aquel estudio de los dos sociólogos estadounidenses, en México puede advertirse el tránsito a una cultura política de la participación. Estamos refiriéndonos a un *proceso* con plazos, ritmos y manifestaciones no necesariamente inmediatistas, ni definitivas. El hecho de que podamos apreciar cambios en algunos sectores sociales, en la formación de nuevos agrupamientos partidarios o en decisiones acotadas regionalmente, no implica que contemos, ya, con una cultura política definitivamente democrática.

Una cultura política de la desconfianza

Más que en datos o hechos constatables, el tránsito rumbo a una nueva cultura política mexicana ha sido perceptible en las muchas invocaciones que la han estado precediendo. En nuestro país, especialmente en medios académicos y de la oposición de derecha y sobre todo de izquierda, se ha manifestado una voluntariosa y enfática adulación a diversas manifestaciones de la sociedad civil que, a veces consideradas definitivas o innovadoras, todavía no pasan de ser coyunturales y esporádicas. Cuando los terremotos de 1985, se ponderó enfáticamente la conciencia cívica mostrada en los trabajos de rescate pero muchos de los apologistas de esa participación ciudadana luego no pudieron explicar qué pasó con ella, pues desapareció muy pronto. Esa suerte de elogio a la acción individual, que fue mezclada con una casi primitiva reivindicación de una idea poco precisa de acción comunitaria, tenía obvias connotaciones de antiautoritarismo. Se buscaban presencias y definiciones de la sociedad civil como contraste con la idea de un Estado más rígido que paternalista, más obsoleto que recuperable.

Aquellas reivindicaciones de la acción social individual o comunitaria, tenían una vertiente de desmemoriado antiestatismo. Lo que en otros sitios ha sido una oleada de desencantada posmodernidad, en México lo ha sido de fervorosa reivindicación de una sociedad que, sin embargo, sigue fundamentalmente desorganizada y cuyas imágenes del quehacer político tienden a ser conservadoras.

En nuestro país sigue vigente (y, creemos, aún es mayoritaria) una cultura que resulta, como ha explicado Luis Salazar, "moralista de la política y la autoridad (y) que en buena medida explica el tantas veces señalado fenómeno de la apatía, de la indiferencia hacia la política, de la despolitización"⁷. En la visión predominante, prevalecen las desconfianzas y los prejuicios hacia quienes hacen política, sean éstos miembros del PRI o de la oposición. Si hay abstencionismo, si se mantienen -las excepciones confirman la regla- consensos pasivos, es por esa concepción donde la política se reduce a la grilla, el quehacer público aparece distante del ciudadano, "la autoridad se reduce al poder, el poder a la fuerza, la fuerza a la arbitrariedad"⁸.

Identificada la política con el uso prepotente de la fuerza, las tendencias antiestatistas resultan, así, reivindicadas. Pero no se trata de pura inercia o ignorancia de una sociedad obsesionada con sus resortes más moralizantes

7 Luis Salazar, "Cultura política y democracia en México. Una perspectiva global", en *Revista A*, cit., p.174.

8 *Ibid.*

o conservadores. Si tenemos una cultura política predominantemente desconfiada, se debe a la experiencia colectiva, a menudo de autodefensa, frente a ejercicios del poder efectivamente unilaterales. El término *concertación* no se puso de moda sino hasta que sectores activos de la sociedad consiguieron mostrar al poder político que ya no deseaban seguir padeciendo tutelajes que a menudo les resultaban más costosas que aprovechables. Se habla de reformas políticas y de cambios en la relación entre gobierno y sociedad, no cada vez que el primero se ilumina con arrebatos de buena voluntad sino cada vez que la segunda muestra insubordinaciones latentes o patentes, ya sea en las urnas o en las calles.

Por eso, y por las dificultades de una sociedad numerosa, sometida a rezagos y a coacciones ideológicas muy variadas, en México, todavía, la cultura política de las mayorías dista de ser participativa, solidaria o ampliamente informada. Aún padecemos una idea prejuiciada, que ubica a la política como sinónimo de corrupciones y tráficos de influencias. *Ese está haciendo política*, se dice de quién pretende trampear o falsear algo, en beneficio personal. *No me hagas política*, se recrimina ante acciones dolosas o perjudiciales. *Es muy político*, se le adjudica no a quienes destacan en las carreras parlamentaria o pública sino al que *tiene mano izquierda*, al que sabe *torear* problemas no resolviéndolos sino *dándoles largas*. Si una sociedad es lo que sus modismos y costumbres revelan, entonces nuestra cultura política dista de reivindicar al quehacer político como necesario, noble o plausible.

Si sigues así hasta puedes llegar a diputado, es una frase que no ha cambiado con los nuevos vientos que hay en el Poder Legislativo y que no resulta precisamente de la reivindicación del oficio de quienes despachan en San Lázaro. *Hacer transa* (que en rigor significaría llegar a acuerdos, ceder en aras de resultados compartidos) se ha vuelto sinónimo de *hacer trampa* y como resultado de esa cultura de la antipolítica, tenemos militantes partidarios y ciudadanos enterados pero terriblemente adversos a la política, es decir, al acuerdo entre fuerzas distintas. En otra ocasión, hemos apuntado que no habrá transición democrática en nuestro país, sin que las principales corrientes y grupos de opinión política logren algo tan elemental como difícil: ponerse de acuerdo. Concertación significa pactos y éstos, implican negociaciones. El quehacer político, entendido como juego de posiciones diferentes, conciliables, está asociado siempre a la negociación. Quien sostenga que no hay negociación para desplegar posiciones políticas, hace demagogia o se engaña. El siguiente paso en la confrontación de las principales

fuerzas políticas mexicanas hoy en día, si además de reivindicar posiciones se desea hacerlas prosperar, tiene que ser la negociación⁹.

Medios parroquiales en una sociedad cambiante

De todo ello, los medios de comunicación en nuestro país sólo dan cuenta de manera fragmentaria, distante y obnubiladora. La prensa, que es el espacio privilegiado, siempre, para la reflexión y el debate de ideas, sigue circulando entre minorías. Ya contamos con periódicos de significación nacional adscritos a corrientes de opinión más o menos ubicadas dentro del panorama ideológico, o cuya oferta editorial radica en la pluralidad política de sus autores, pero los diarios y las revistas mexicanas siguen siendo para unos cuantos. El editor que se sienta libre de marginamientos, que arroje la primera acta notarial de sus tirajes. La radio es en los años más recientes el medio más dinámico y donde se han experimentado innovaciones políticas más constatables pero no porque hoy existan numerosos espacios de libertad política en el cuadrante sino porque antes, simplemente, no había ninguno.

La televisión es tan obviamente antipolítica, que resulta muy sencillo, igual que por lo general inocuo, referirse a sus rasgos de manipulación-trivialización-descontextualización-etcétera... En otros países el exceso de información, que no es necesariamente educación o comprensión políticas en abundancia, ha sido una forma peculiar de manipulación y así, de parálisis en la acción ciudadana. Se ha podido explicar que "la emisión incesante de múltiples informaciones y de interpretaciones diversas o contradictorias puede saturar la capacidad de recepción y de valoración del destinatario de los mensajes, empujándolo hacia una actitud defensiva, de indiferencia o de limitación a una esfera de intereses más cercanos"¹⁰. Así, hartos de la propaganda política en los medios, muchos franceses, españoles y estadounidenses, dejan de ir a las urnas. En esas ocasiones el exceso de mensajes machacones pero no necesariamente apuntalados en la discusión, junto con la presunción afianzada por las encuestas en el triunfo de uno o varios candidatos, determina elevados índices de abstencionismo.

En México eso no ocurre. No es por abundancia informativa, sino al contrario, por ausencia de contrastes y de opciones diversas en los medios electrónicos, la televisión particularmente, que los ciudadanos reaccionan

9 R. Trejo, "Concertar sin rubor", **La Jornada**, 16 de agosto de 1988.

10 Mario Stoppino, "Manipulación", en N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino, **Diccionario de política -Suplemento**, Siglo XXI, México, 1988, p. 256.

con abulia ante las elecciones. (Quizá el proceso electoral de 1988 haya tenido matices de excepción a esa costumbre y pueda considerarse que ante la apabullante campaña priísta a través de los medios, muchos ciudadanos no sólo se negaron a abstenerse sino, incluso, votaron por la oposición). No hay sorpresas cuando nos preguntamos por qué sucede así. En México el principal medio de comunicación electrónica ha estado, en la mayor parte de su desarrollo, monopolizado por una sola empresa y apenas hace pocos años, compartido con el consorcio estatal que no se ha distinguido precisamente por su pluralidad ni por sus búsquedas ideológicas. Los mensajes de la televisión mexicana inventan y contribuyen a reproducir una imagen (en el peor sentido) provinciana y premoderna del país; las preocupaciones que abordan son previas a lo que hoy inquieta a la mayoría de los mexicanos (sobre todo a esa mayoría que conforman los jóvenes); la ausencia ya no de discusión sino de la más elemental información política, ha sido rasgo tan distintivo que ya casi ni nos asombra.

No hay sorpresas y, quizá, eso sea lo más lamentable. Habitados a esos esquemas, estamos perdiendo nuestra capacidad de reacción ante programas informativos en donde -por decir lo más obvio- se nos da a conocer cuál será el clima en Colorado o en las Canarias pero no se nos reporta la auténtica vitalidad del quehacer político mexicano. La oposición, ciertamente, tiene hoy una nueva presencia, no equitativa pero sí mayor que antes, en los noticieros de las televisiones privada y estatal, pero ante esa pluralidad a medias existen casi otros tantos minutos de transmisiones para denostar a los partidos distintos del oficial. Las fidelidades políticas y los intereses creados, y no las búsquedas de auditorio o el estímulo a la reflexión, siguen siendo definitorias en ese medio de comunicación. Cuando la sociedad mexicana comienza a ser participativa, tenemos todavía una televisión parroquial.

Los medios en México salvo, sólo en parte, la prensa y algunas excepciones de la comunicación electrónica sobre todo en el interior del país, no han llegado a ser -como en otros sitios- actores de la confrontación política. Como parte que son de la sociedad civil, en distintas latitudes los medios llegan a convertirse en protagonistas con densidad propositiva y beligerancia política incluso, semejante a las que tienen los movimientos sociales o las corrientes culturales. Incluso, en otros países llega a considerarse que una sociedad civil con tal vitalidad, puede restar presencia e influencia a los partidos.

Pero los medios, además de actores, pueden tener la función de ser escenario del quehacer político, como transmisores de lo que ocurre y también como promotores o reorganizadores del debate social. Eso podrían ser. Es claro que aún no lo son en nuestro país. No queremos decir que en otros

sitios la televisión, la prensa o la radio sean océanos de politización -que constituirían, en realidad, desafíos para que el auditorio naufragara en ellos, por hartazgo o tedio-. En todos lados, los medios tienen funciones de entretenimiento que no sería deseable, pero tampoco posible, modificar. No hay televisora o radiodifusora importante que no de preferencia a contenidos que podemos considerar como escapistas o distorsionadores de la realidad, pero que son parte de nuestras formaciones culturales y hasta de nuestros hábitos cotidianos. Simplemente ocurre que, en México, los grandes medios contribuyen a reforzar una cultura de la inmovilidad política, y no una cultura propiamente política.

La prensa tampoco escapa a las tentaciones del maniqueísmo y la trivialización, incluso cuando sus valores son aparentemente otros. Hoy contamos con una gran variedad de diarios (sin que eso quiera decir que la abundancia de periódicos es sinónimo de democracia) con una oferta de plumas ideológicamente muy rica, pero el acceso a ese medio así como su lectura y muy eventual discusión siguen siendo restringidos. Un profesional del periodismo, Pablo Hiriart, ha dicho que: "Uno de los desafíos centrales que el despertar ciudadano plantea a los medios de comunicación, consiste en la revisión del concepto de pluralidad que, a mi juicio, actualmente todavía responde a una óptica bastante arcaica de concebir el mosaico nacional. La llamada pluralidad en los medios de comunicación vive y se resuelve en las élites. La crítica suele estar monopolizada por un reducido número de personas, mayoritariamente hecha por dirigentes políticos que defienden posiciones partidistas. Es, en suma, una crítica militante que hace política en las páginas de los diarios, y no del periodismo"¹¹.

Si la información es parcial, la discusión también suele resultar así. Llega a suceder que la descalificación inopinada, la capacidad de etiquetar o el ánimo caricaturizador -incluso en los diarios considerados más reflexivos- encuentran más éxito que el esfuerzo analítico, en sus diversas vertientes. Con frecuencia, se han conocido ejemplos de cómo se busca resolver diferencias de opinión ubicando al contrincante en campos presumiblemente deleznales para los lectores. En esas ocasiones, se debaten imágenes y no ideas. Es la vieja metáfora platónica aplicada al periodismo aparentemente moderno. Los argumentos son sustituidos por sus fantasmas y las cavernas en que se convierten las ideologizadas controversias periodísticas no siempre esclarecen, ni apuntalan, la cultura política que busca ser democrática.

11 Pablo Hiriart, "El desafío de los medios impresos, a la luz de las elecciones de julio", en J.F. Leal, J. Peschard y C. Rivera, eds., *Las elecciones federales de 1988 en México*, FCPyS, UNAM, 1989, p. 253.

En otras ocasiones, en lugar del debate se acude, sin metáforas, a la caricatura. El editorial gráfico, el cartón de opinión, que suele ser recurso complementario de otros, ocupa entonces el centro de la discusión. En vez de debate político, el empleo desmedido de la caricatura llega a significar propaganda. El siempre complejo mundo político, queda reducido a un escenario en gris y blanco; en las caricaturas (y en no pocos artículos de opinión que sólo se distinguen de aquellas porque emplean las siempre más sencillas letras y frases en vez de trazos y líneas) no hay sitio más que para buenos y malos, justos e injustos, progresistas y antipopulares. El matiz, el tejido fino, la explicación, los datos, la cita del argumento de otros, el razonamiento en varias pausas, no son elementos de la caricatura. Sería exagerado pedirselos. La caricatura política encomia o descalifica y su mayor éxito suele estar en la contundencia (siempre maniquea, siempre exagerada) de sus juicios. Lo único preocupante es que haya quienes piensen que puede sustituir a otros géneros de la discusión y a la polémica en el periodismo.

Esa propensión al maniqueísmo no ocurre sólo en la prensa, ni en los de por sí (casi por naturaleza) drásticos y simplificadores medios de comunicación. Se trata de una más de las costumbres de nuestra insuficientemente democrática cultura política. En algunos diarios, la caricaturización desplaza al debate de ideas, ciertamente, pero la misma actitud simplificadora llega a advertirse en los liderazgos partidarios (cuando etiquetan a sus interlocutores como aliados o adversarios, sin mayores matices) o en las nada infrecuentes persecuciones o purgas políticas que hay prácticamente en todos los partidos. Son excluyentes de la diversidad las cruzadas contra los antiguos camaradas en los partidos de izquierda, tanto como el encono entre panistas y neopanistas o la ojeriza de los priístas contra quienes deciden, abandonándolo, militar contra ese partido.

Acceso a los medios, ¿para qué?

Pese a todo, se avanza y se discute. Entre los nuevos temas que los partidos políticos han incorporado a sus programas, se encuentra el de los medios de comunicación. Pero las demandas de acceso y participación, sobre todo en la comunicación electrónica, llegan a sustituir el análisis de cómo y para qué ganar tales espacios. ¿Medios ampliados, o nuevos medios, para cuáles contenidos? Los partidos tienen derecho a estar en pequeñas porciones, auténticos charquitos junto a lagunas de programación impolítica, en distintos espacios de la televisión y la radio. Algunas organizaciones políticas, simultáneamente, experimentan formas propias de comunicación, sobre todo a

través de la prensa y, más recientemente, el video ¹². Incluso en algunos espacios de la comunicación electrónica se da acceso a periodistas considerados como contestatarios o independientes. Hay una nueva, muy limitada pero nueva al fin, pluralidad en distintos medios. La circulación de ideas, que es consustancial a cualquier renovación de la cultura política, puede advertirse en distintos horarios, frecuencias y en cualquier puesto de periódicos. La insistencia de los partidos, con obsesionada constancia, sigue siendo por más, más, más espacios. No se discute aquí que no tengan razón. Ante los monopolios históricos y muy vigentes que hay en los medios de nuestro país, cualquier demanda para que sean menos reacios a presencias no necesariamente identificadas con sus posiciones oficiales, parece reivindicable. Pero en la preocupación por ganar más espacios, la discusión política sobre los medios ha quedado limitada a la pelea por la ampliación o la reubicación de horarios. Preocupados por las distorsiones y los autoritarismos más evidentes que hay en la comunicación, nos hemos olvidado de los contenidos y de las formas como éstos son asumidos o matizados por la sociedad que los recibe. Interesados en que haya algo de pluralidad, nos hemos quedado en exigencias tan amplias que a menudo resultan inasibles o innegociables. El debate político sobre los medios, ha quedado *mediatizado*.

De allí las posiciones que se limitan a demandar aperturas de espacios sin reparar en contenidos. De allí se deriva, también, esa suerte de autocomplacencia que consiste en impugnar sin propuestas y descalificar sin tomar en cuenta la situación real de los medios. Esas, han sido formas de virtual autoengaño, en donde el fin justifica los rollos (o la ausencia de ninguno).

Todo ello es parte de nuestra insuficiente cultura política. Se exigen espacios sin precisar para qué, de la misma forma que se compite electoralmente sin deslindar programas. Avatares del desarrollo político constante pero pausado: no hay cultura de la participación, porque durante mucho tiempo nos conformamos con que otros decidieran o con que pareciera, pero sin nuestro concurso activo, que participábamos de los mecanismos de decisión.

Por largo rato, estuvimos distanciados de los procesos políticos más elementales y esa costumbre no-participativa difícilmente ha sido resuelta. ahora. Muchos mexicanos, muchísimos, no han acudido nunca a las casillas

12 Por ejemplo, entre otras experiencias esta la de quienes promueven el "Canal Seis de julio", que es un sistema de producción y distribución de videos que propagandizan posiciones del Partido de la Revolución Democráticas. Sobre este asunto puede verse, De Fernando Mejía Barquera, "Canal 6 de julio", en "Política" (suplemento de *El Nacional*) No. 14, 10 de agosto de 1989.

electorales y gran parte de ellos seguirá toda su vida sin hacerlo. Otros más, los jóvenes sobre todo, tienen por delante un aprendizaje sin el cual será imposible hablar de una cultura política auténticamente democrática. Otra vez, la anécdota parece ficción o maledicencia: hace un par de años, cuando en la Universidad Nacional se designaron representantes a la Comisión Organizadora del Congreso de esa institución, hubo una activa e intensa campaña electoral en toda Ciudad Universitaria. Simultáneamente, se realizaron votaciones en cada centro de trabajo académico. El procedimiento era muy sencillo: había que cruzar el emblema de una de varias planillas anotadas en la boleta electoral y el elector, al registrarse para votar, mojaba el pulgar derecho en un cojincillo de tinta indeleble, como suele hacerse para que nadie vote más de una vez. Ese mecanismo, así de fácil, no era conocido por muchos universitarios. En la casilla instalada en un prestigiado instituto de investigación humanística cuyos miembros, se supone, están habituados a conocer y explicar los procesos políticos, de una lista de sesenta votantes, todos investigadores, dos o tres no supieron como usar la boleta: en lugar de cruzarla con un crayón que estaba disponible, pusieron su huella digital sobre el emblema al que deseaban apoyar. ¡No sabían, esos científicos sociales, que la tinta en el pulgar era para evitar fraudes y no para estampar su voto (que, con una simple revisión dactiloscópica, habría significado cancelar el secreto del sufragio)! Y si eso sucede entre quienes forman parte de la élite enterada (o que supone serlo) poco más hay que decir de la falta de hábitos cívicos, participativos, en otras áreas de nuestra sociedad.

Claro que hay cambios y por supuesto que la cultura política no se transforma de un momento a otro. Pero de todos modos hay que tomar con precaución las églogas a una conciencia participativa que por nuestras insuficiencias ciudadanas, no siempre es posible documentar. Hay más interés en los asuntos del gobierno, hay quizá mayor ánimo por conocer e incluso tratar de cambiar la política, pero no se trata de tendencias necesariamente extendidas. Dos expertos en diseñar escenarios sobre los cambios posibles en México, han diagnosticado que "el reclamo democrático ha crecido, pero sólo entre una parte no mayoritaria de la población. La importancia central que se atribuye hoy a la democracia electoral es producto de un proceso acumulativo y en mucho se relaciona con las transformaciones demográficas, educativas y económicas que ha vivido y sigue viviendo el país; transformaciones que, con todo y su importancia, no han detenido el proceso de pola-

rización social, real de expectativas, que determina en gran medida quién participa y quién no en procesos electorales o políticos en general"¹³. La desigualdad social, evidentemente, sigue siendo dique para la igualdad política.

Esa desigualdad no habrán de resolverla los medios de comunicación, pero sí podrían contribuir a una cultura de la solidaridad, que sería la más realista en un país como el nuestro. No es probable que así ocurra, por el modelo de comunicación, que todos conocemos y que ha imperado, concentrando los medios y restringiendo el acceso a ellos. Una de las tareas despolitizadoras más enfáticas que cumplen los medios, es la trivialización, mezclada con la confusión informativa, del quehacer político. Esa tendencia suele resultar en desilusiones colectivas, apuntalada por la reproducción de las imágenes del poder que cotidianamente hacen los medios.

En los medios, no suele haber protagonistas sociales sino grandes personajes. Las decisiones y hasta las vicisitudes de ellos, prevalecen por encima de los asuntos colectivos. Y así, puesto que la política es tan inaccesible, o si el poder es tan irreductible, puede pensarse, ¿entonces para qué desperdiciar anhelos y esfuerzos tratando de competir con ellos? ¿Para qué incursionar en política, para qué contaminarse con ella si sus resultados, para el ciudadano común, son tan inseguros como limitados? Llevando esa situación a una reflexión de más alcances, el ya citado Lechner ha considerado que "El sentimiento de omnipotencia que reinaba en los 60 ha cedido el lugar a un sentimiento de impotencia. No hay que llegar al extremo del neoliberalismo, pero su ofensiva ya no solamente contra la intervención estatal, sino contra la idea misma de la soberanía popular, es un signo de la época. Al cuestionar la construcción deliberada de la sociedad por sí misma no se cuestiona sólo a la democracia; se cuestiona toda la política moderna. La fe que depositáramos antaño en la fuerza de voluntad política, se ha diluido. Pero no sólo desaparece el voluntarismo; se tiende a restar importancia a toda acción política"¹⁴.

Reconocer esa mezcla de desilusionado postmodernismo con fatigado pre-atraso político, tendríamos que servirnos para ubicar, y acaso actualizar, nuestros reclamos ante la comunicación de masas. Es imposible pedir a los medios que sirvan sólo para documentar y divulgar ideas explícitamente políticas, cuando con contenidos muy distantes de ese estilo tienen tanto

13 Dolores Ponce G. y Antonio Alonso C.. "El futuro de la democracia electoral", en *Las elecciones federales de 1988...* (cit) p. 379.

14 Norbert Lechner, "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna", en *Cultura política y democratización* (cit) p. 262.

éxito e influencia, como aparatos culturales y como negocios. Pero sí es posible pretender que vayan existiendo opciones institucionales y sociales, en materia de comunicación, para atajar el desprestigio y la trivialización de la política, que singulariza a la mayor parte de los principales medios. Devolver a la política el decoro perdido en grillas y autoritarismos, es una de las varias vías para la reforma de los medios (sin la cual, correlativamente, no puede haber reforma de la política). Hacerlo, pronto, ya no sólo es cuestión de voluntad, sino de necesidad.

Coyoacán, agosto de 1989